

matemáticas superiores y de la física, así como por el francés, el alemán, el latín y el griego. Sabía todo lo que está en relación con las fuerzas hidráulicas del mundo entero (por mi parte, ignoro lo que esto quiere decir), como también la historia de todas las naciones, el nombre de todos los ríos y montañas, los productos, usos y costumbres de todos los países, amén de sus fronteras y situación, relacionada con los treinta y dos puntos de la brújula. A la verdad, este señor Mac Choakumchild sabía un poco demasiado. Si hubiera aprendido algo menos, ¡cuánto más, sino infinitamente, hubiera enseñado!

Empezó la tarea, en esa lección preparatoria, del mismo modo que Morgiana en los *Cuarenta ladrones*, fijándose en cada uno de los receptáculos que tenía delante, todos alineados; y los examinaba, uno después de otro, para ver el contenido. Dime, buen Mac Choakumchild, ¿estás seguro de que, una vez llenados estos jarros hasta el borde con el aceite hervido de tu ciencia, has conseguido matar del todo á la ladrona Imaginación? ¿Estarás quizá seguro de que sólo la has mutilado y desfigurado?

### CAPÍTULO III

#### UNA GRIETA

Al dejar la escuela para ir á su casa, el señor Gradgrind experimentaba una satisfacción harto viva. Tratábase de su colegio, y quería que fuera, andando el tiempo, una escuela modelo. Descaba que cada discípulo se convirtiera en un modelo, al modo de los jóvenes Gradgrind, que lo eran en verdad.

Cinco formaban estos últimos, y ninguno de ellos dejaba de ser un modelo. Desde su tierna infancia se les había dado lecciones: habían seguido tantos cursos como correrías de una liebre. No bien empezaron á andar, se les obligó á ir á la sala de estudio. Su primera asociación de ideas, ó la cosa primordial que recordaran de entonces, era un cuadro inmenso en el que un alto monstruo delgado trazaba con yeso terribles signos blancos.

No podemos decir que conocieran, de nombre ó por experiencia, lo que constituía un monstruo. ¡El hecho se lo evitó! Utilizo el vocablo para designar un monstruo, que se aposentara en un castillo-escuela, exhibiendo una infinidad

de cabezas en una sola, haciendo prisionera á la infancia y arrastándola, por los cabellos, á las cavernas oscuras de la estadística.

Ninguno de los pequeños Gradgrind había visto jamás un rostro en la luna. Antes de expresarse con claridad, estaban ya enterados del hecho relativo á la luna. Ninguno de ellos había aprendido la canción estúpida : « Brilla, brilla, pequeña estrella, que deseo saber quien eres! » Ninguno de los pequeños Gradgrind había experimentado nunca la menor curiosidad por ello, pues cada uno de estos mozalbetes, desde los cinco años, había diseccionado la gran Osa como un profesor del Observatorio, maniobrando con el gran Carro cual pudiera hacerlo el maquinista de una locomotora. Ninguno de ellos había pensado nunca establecer relación entre las vacas verdaderas del prado y la famosa vaca de cuernos rugosos, que hizo saltar al perro que atormentaba al gato, matador de los ratones que se comían la cebada, ó bien aquella otra vaca que engulló á Tom Pouce : ninguno de ellos oyó nunca hablar de esas celebridades; pues todas las vacas por ellos conocidas eran cuadrúpedos herbívoros, ruminantes y de varios estómagos.

Hacia su vivienda *positiva*, llamada Pedro-Loge, dirigió Tomás Gradgrind sus pasos. Se

había retirado del comercio de quincallería al por mayor, antes de edificar Pedro-Loge, y en aquel momento iba buscando una ocasión que le permitiera figurar aritméticamente en el Parlamento. Pedro-Loge se levantaba en una pradera, á una ó dos millas de una gran ciudad, que en este libro llamaremos Cokeville, para guiar bien á los extranjeros.

Pedro-Loge formaba un regular trazado, en la superficie del país. No había allí el menor disfraz, ni una sombra, ni un tono atenuado en el *hecho*, bien caracterizado, del paisaje. Una extensa casa cuadrada, con un recio pórtico, que daba aspecto sombrío á las ventanas principales, como las bastas cejas que sombreaban los ojos del maestro. Era una casa cuyo importe se había establecido, sumado, balanceado y ratificado. Seis ventanas había junto á la puerta y otras seis al lado opuesto; total : doce ventanas en esta fachada y otras doce en la otra; en junto, veinticuatro, además de un prado cubierto de hierba, un jardín y una avenida en ciernes, todo ello arreglado como un libro de contabilidad botánica. El gas, la ventilación, el drenaje y el servicio de aguas, todo ello era de primera calidad. Los ramplones y traviesas de hierro, á prueba de fuego, iban de arriba abajo; se divisaban también garruchas mecánicas para

uso de las maritornes, de modo que pudieran subir y bajar en cada piso sus cepillos y escobas; en una palabra: toda estaba á pedir de boca.

¿Todo? A fe mía, sí; al menos lo presumo. Además, los pequeños Gradgrind tenían colecciones para servir de base al estudio de varias ciencias. Contaban también con una pequeña colección conquiliológica, otra metalúrgica y otra minereológica. Todos los ejemplares estaban ordenados por familias, con la etiqueta correspondiente, y aquellos fragmentos de piedra y de mineral parecían haber sido arrancados de la primitiva masa por medio de algún instrumento, tan atrozmente duro como su propio nombre; en una palabra, voy á exclamar, parafraseando aquella leyenda gratuita de *Pedro Piper*, que jamás había penetrado en ese criadero de modelos imberbes: « Si los pequeños y voraces Gradgrind deseaban algo más, decidme, en nombre del cielo ¿en qué podía ello consistir? »

Su padre seguía el camino trazado, con ánimo alegre y satisfecho. Era un padre afectuoso, á su manera; pero, en todo caso, se hubiera definido (si le hubieran obligado á hacer, como á Sissy, una definición) al modo de « un padre eminentemente práctico ». No oía nunca sin orgullo estas palabras de *eminentemente*

*práctico*, que á él podían aplicarse especialmente. En cada meeting celebrado en Cokeville, cualesquiera que fuera su objeto, podía tenerse la seguridad de que algún ciudadano, aprovechando la ocasión, aludiría al espíritu eminentemente práctico de su amigo Gradgrind: lo que agradaba mucho al amigo eminentemente práctico. Sabía bien que á ello era acreedor, mas no por eso dejaba de lisonjearle la alabanza.

Acababa de llegar á las afueras de la ciudad, en un terreno neutro que, sin ser campo ni población, era una y otra cosa, sin los atractivos de cada una de ellas, cuando oyó el sonido de una música. El chin-chín y el bum-bum de la orquesta, que se había incorporado á un establecimiento hipico, que había elegido su morada en este paraje, levantando un pabellón, estaba en plena algarabía. Un gallardete, flotando encima del templo, anunciaba al género humano que el circo de Sleary solici- taba su apadronamiento. El propio Sleary, moderna estatua de dimensión poderosa, custodiaba la caja y recibía el dinero en una como garita eclesiástica, de una arquitectura gótica muy primitiva. La Sra. Josefina Sleary, según anunciaban los carteles impresos, inauguraba en aquel momento el espectáculo con su gracioso ejercicio ecuestre de las *Flores tirole-*

sas. Entre otras amenas maravillas, aunque siempre dentro de la más estricta moral, pues había que verlo para creerlo, el señor Jupe tenía que mostrar al público el talento recreativo de su incomparable perro amaestrado, Pata-alerta. También tenía que exhibir su imponderable habilidad, lanzando setenta y cinco quintales de hierro por encima de su cabeza, sin descansar, de delante á detrás, de suerte que pudiera formar en el aire una fuente de hierro sólido; habilidad que jamás se había intentado anteriormente, ni en este país ni en otro alguno, habiendo la misma arrancado tan fanáticos aplausos, que no podía dispensarse de repetirla, para complacer al género humano. El señor Jupe tenía, además, que sazonar este espectáculo variado con ocurrencias y bromas shakespearianas, de buena ley. Para terminar la representación, tenía que mostrarse en su papel favorito de Sr. Guillermo Bouton, sastre de la calle de Tooley, vestido á la última entre las últimas modas, desempeñando el sainete hiporisible del *Viaje del sastre á Brentford*.

Se comprenderá, desde luego, que Tomás Gradgrind no prestara atención alguna á semejantes frivolidades, sino que prosiguió su camino, como debe todo hombre práctico, barriendo de su caletre aquellos insectos alborotadores,

que á lo sumo eran buenos para la casa de corrección. De pronto, al desviar el sendero, se encontró cerca de la barraca y, detrás de ésta, halló juntos á varios mozalbetes que, en distinta actitud endiablada, trataban de mirar las maravillas prohibidas del circo, por los agujeros del entoldado.

Paróse en seco.

— Vamos — dijo — ¿No tenemos ahí á esos vagabundos pervirtiendo á la población menuda de una escuela modelo?

Viéndose separado de la muchedumbre joven por un espacio cubierto de escombros y de hierba desmirriada, sacó el lente del bolsillo de su chaleco, para mirar si había allí alguno de los que conociera y ordenarle que se alejara de aquel sitio. Más, ¡oh fenómeno! Ni acierta á creerlo con su ojos. ¿A quien vé, pues, allí? A su propia hija, á su metalúrgica Luisa, que con todas sus fuerzas mira por el agujero de una de las tablas de abeto; á su propio hijo, á su matemático Tomasito, por el suelo, como los gatos, empeñándose en ver, á través de la cortina, el zueco del gracioso ejercicio de las *Flores tirolesas*.

Mudo de sorpresa, el señor Gradgrind se acerca al sitio donde se deshonor de tal modo

su progenie, y pone la mano en el hombro de cada delincuente, diciendo :

— « ¡Luisa! ¡Tomás! » —

Los dos se pusieron en pie, colorados y desconcertados. Pero Luisa miró á su padre con más atrevimiento que Tomás. La verdad es que éste no le miró en modo alguno y se resignó á que le remolcasen como una máquina.

— ¡Cielos! Esto es el colmo de la pereza y de la locura — exclamó M. Gradgrind, cogiéndolos de la mano, para llevárselos. — ¿A qué habéis venido aquí?

— Para ver lo que podía ser eso — replicó brevemente Luisa.

— ¿Lo qué podía ser eso?

— Sí, papá.

En ambos niños se notaba un aire de fastidio y de malhumor, especialmente en la chica; sin embargo, en la cara de ésta, á través del descontento, se veía apuntar una llama que no tenía nada que iluminar, un fuego que no tenía nada por consumir, una imaginación anhelante por se mantenía viva, antes mal que bien; y todo ello, no obstante, contribuía á animar aquel rostro, no con la vivacidad propia de la juventud despreocupada, sino con destellos inciertos, vagos y ansiosos, que mostraban cierta analogía lastimosa con los cambios advertidos

en los facciones de los ciegos, cuando buscan el camino á tientas.

Era una chica de unos quince á dieciseis años; mas podía suponerse que á no tardar se haría mujer de sopetón. El padre pensó en ello, al mirarla. Era bonita. « Podría mostrarse terca — pensó él, en su espíritu eminentemente práctico, — si la hubiesen educado de otro modo. »

— Tomás, aun cuando el hecho salta á la vista, no acierto á comprender como tú, con la educación recibida y tus costumbres, has traído á tu hermana á semejante espectáculo.

— Papá, soy yo la que ha traído á Tomás — dijo Luisa vivamente — Soy yo la que le ha hecho venir.

— Siento enterarme de ello. Me causa verdadero dolor. Por lo demás, esto no le disculpa en nada, y aumenta aún tu culpa.

Ella miró de nuevo á su padre; más no se deslizó una lágrima siquiera por su mejilla.

— ¡ Vosotros aquí! Tomás y tú, para los que está abierto el círculo de las ciencias; Tomás y tú, que se os puede ver como jóvenes provistos de hechos; Tomás y tú, que habeis sido educados con exactitud matemática; Tomás y tú, ¡ aquí — exclamó el señor Gradgrind — en situación tan fea! Me dejáis patifieso.

— Estaba cansada, papá. Hace mucho tiempo que estoy cansada — dijo Luisa.

— ¿Cansada? ¿De qué? — pregunté el padre, asombrado.

— No sé. Cansada de todo, creo.

— No hables más. No digas chiquilladas — repuso el señor Gradgrind — No quiero oírte más.

Hasta que hubo recorrido en silencio una extensión de media legua, no volvió á abrir la boca. Entonces exclamó con acento grave :

— ¿Qué dirán tus mejores amigos, Luisa? ¿Te preocupas así de su buena opinión? ¿Qué diría el señor Bounderby?

Al enunciar este nombre, Luisa le dirigió una mirada cautelosa, profunda y escrutadora. Él no se percató de nada, puesto que, al mirarla, había bajado ella ya los ojos.

— ¿Qué diría — repitió después de algunos instantes — qué diría el señor Bounderby?

Durante el camino, hasta Pedro-Loge, mientras increpaba con indignación á los delincuentes, repetía á intervalos :

— ¿Qué diría el señor Bounderby? — como si el Sr. Bounderby hubiese sido el bú.

## CAPÍTULO IV

EL SEÑOR BOUNDERBY

Si el señor Bounderby no era el bú ¿quien sería, pues?

Se hallaba el señor Bounderby tan próximo á ser el amigo íntimo del señor Gradgrind, como sea posible la aproximación, por parentesco espiritual, entre un hombre enteramente desprovisto de sentimiento y otro no menos falto de él. Efectivamente, el señor Bounderby estaba muy cerca, ó si quiere el lector, muy lejos de ello.

Era hombre muy rico : banquero, negociante, fabricante, qué se yo. Hombre gordo y bullicioso, de mirada que hería á la gente y de risa metálica. Hombre hecho con tela basta, que parecía habersele adaptado á su medida, para prestarse mejor á su desarrollo. Hombre de cabeza y frente abotargadas, con grandes venas en las sienes, y la piel tan estirada hacia el semblante, que parecía mantener, de buen ó de mal grado, sus ojos siempre abiertos, levántandole los párpados. Hombre de aspecto siempre hinchado, como un globo que emprendiera la